

Espacio de invitaciones: “OTRAS VOCES”

Conferencia a cargo de Adrián Scribano¹

“El otro como amenaza”

24/04/ 2015

María del Rosario Ramírez- En secretaría hay algunos ejemplares del libro de Scribano: *Introducción al proceso de investigación en Ciencias Sociales*. Extremadamente útil para todos aquellos a quienes nos interesa la investigación.

Como saben, el espacio *Otras voces* tiene una función la de permitir salir del lenguaje de la parroquia (frecuente en los grupos de analistas) y de cierta cuestión encerrante, bastante frecuente en los grupos.

El espacio de "Otra voces" tiene también el interés de invitar a personas que están en otros discursos o que pertenecen a otros grupos de Psicoanálisis. Y esto es muy bueno para generar otras corrientes.

Adrián Scribano –a quien le agradezco que haya aceptado la invitación– hoy va a hablar, como está anunciado, del *otro como amenaza*. Un tema vecino o afín a los que indagamos los analistas.

Es investigador principal del CONICET, director del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES), no quiero robarle tiempo a su conferencia, ya que tiene una gran lista de títulos y libros publicados (los van a poder leer en la WEB de *freudiana*). El último es el que les mencioné. Otro, “El purgatorio que no fue” (2010, ed. CICCUS), "La fiesta y la vida", en colaboración.

¹ **Adrian Scribano:** Doctor de la Universidad de Buenos Aires. Licenciado en Desarrollo. Especialización Sociología Política. Licenciado en Ciencias Políticas. Diploma en Derechos Humanos. Investigador Principal del CONICET Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales UBA. Algunos de sus libros: *Introducción al proceso de investigación en Ciencias Sociales*, Año: 2015, *Encuentros creativos expresivos: una metodología para estudiar sensibilidades*. Año: 2013. *Teoría social, cuerpos y emociones*. Año: 2013. *Teorías sociales del Sur: Una mirada post-independentista*. Año: 2012; *Teoría Sociales del Sur*. Año: 2012. *Estudios sobre teoría social contemporánea* Año: 2009. *El Proceso de Investigación Social Cualitativo*. Año: 2008

Algunos de nosotros ya lo conocemos porque ha venido otra vez a hablar a Otras Voces. Como nos gustó mucho su exposición, decidimos invitarlo nuevamente para continuar. Los dejo con Adrián, a quien va a ser un gusto escuchar.

Adrián Scribano.-Muchas gracias María del Rosario. Muy amable.

Hola. Buenas noches a todas y todos (*Risas*). Pegué bien con el primer chiste. Esto se decía, hace mucho tiempo –hace más de veinte años– en los espacios donde se trabajaba en educación popular. Después se socializó en las clases medias ilustradas, como las nuestras. Pero los que trabajábamos en sectores populares en la década del ochenta, siempre empezábamos con “Hola a todas y todos”, por una razón medio sencilla, que era en los lugares donde más desventaja, en término de lo social y de las violencias sociales, tenía la mujer. Estaría muy bueno hacer la historia de esta frase, que tiene muchas connotaciones. Pero, bueno no importa.

El título de la charla encierra una serie de motivaciones más que provienen de dos lugares muy claros. Una, la información, la evidencia empírica, los datos. Y la otra, una cosa con la que vengo insistiendo en estos últimos tiempos: está bueno que pensemos algunos temas dándonos cuenta que estamos en un principio de siglo.

Estamos en el 2015. ¿Se acuerdan de la guerra del 14? Estamos en eso. No hay muchas diferencias. Hay muchas diferencias, pero no hay muchas diferencias. Tal vez estamos buscando nuestra propia guerra. Ese es un tema que, cuando me dijeron busquemos hablar sobre la violencia y la guerra, dije “qué bueno sería pensar antes de la guerra”. Pensemos antes del 14. Antes que los aviones empiecen a tirar gas mostaza. Antes que se abran las nuevas trincheras. Es como pensar ahí.

¿Por qué digo que este tema proviene de estos dos lugares? Primero, porque la evidencia empírica arroja algo bastante interesante en todas las encuestas que andan dando vueltas –entre ellas, una encuesta hecha por nosotros mismos, que ya se las cuento–. Concretamente, se pregunta a nivel global, a nivel planetario y a nivel latinoamericano sobre algo muy sencillo; algo que uno podría decir que es muy cotidiano, casi trivial, pero que es muy importante, sobre todo para aquellos que hacen mercadeo, aquellos que toman decisiones de carácter colectivo: preguntan si la gente confía en la gente. Lo asombroso –no es nada asombroso– es que los porcentajes son bastante interesantes y se pueden leer de distintas maneras, como siempre los porcentajes.

Hay uno de los grupos de encuesta, que es una de las más importantes que se hace en América Latina, patrocinada por la Universidad Vanderbilt, que se llama LAPOP (Proyecto de Opinión Pública de América Latina), cuya sede en nuestra región está en Costa Rica. Voy a presentar datos de hace unos años atrás. Medido de 0 a 100, se le pregunta a la persona si confía en sus vecinos. Los que dicen que “sí”, se ubican en un 55%. Cuando uno ve esas cifras, dice “¡mirá que piolas!”, son confiados. Pero hay un 45% que no confía. Son datos tomados, donde aparentemente la confianza sería una característica de nuestras reacciones. No casualmente las grandes empresas pro- opinión a nivel mundial nos reservan a los países más pobres el hecho de ser los más felices y los más confiados.

No estoy discutiendo los datos. Estoy diciendo cómo toman los datos. Es una cosa bien interesante. El país más rico hasta hace poco fue Costa Rica. Le preguntaban a los costarricenses: “¿Ustedes son felices?” Lo más felices del mundo. “No, felices no somos”. ¿Qué significa ahí feliz?

Nosotros hemos medido algo de felicidad acá y en otros lados. Es bien interesante: los países más felices son los más confiados. Entonces, de acuerdo a las encuestas, se podría decir que si se relaciona confianza con felicidad, se encontrará cierta asociación.

Otra encuesta muy grande, que se hace en América Latina, se llama Latinbarómetro: hecha en Chile. Los datos que tiene son bastante interesantes también. Realizan otro tipo de pregunta. Hacen una escala, donde fragmentan la opinión de los sujetos, y el 44% (casi el 45%) dice que “sólo confía un poco”. Y uno dice: “¡Qué bueno!” Pero, de nuevo, esto está visto al revés.

Hay una encuesta mundial de valores. Acá se la tomó por última vez en el 2006. Y arroja más o menos los mismos datos. ¿Por qué no se toma más acá? Porque no hay un grupo que la quiera tomar. No es una encuesta que pueda ser muy vendida; calculo yo que por eso será.

Y nuestros datos son más o menos similares. ¿Qué tenemos nosotros? Hacemos una encuesta sobre estructura de la sensibilidad, cada dos años. Los datos que voy a dar ahora son del 2010-2012. La del 2014 no la tengo a mano. En realidad da lo mismo, en términos de lo que queremos hablar acá.

Los datos del 2010-2011, varían entre el 20% y el 25% lo confiados que somos. Pero la pregunta de esta tarde es: ¿qué pasa con el otro 70%? Porque las encuestas nos

dicen que hay una consistencia en la confianza; después resta ver cómo uno define confianza. Nadie sabe. En estas encuestas generalmente nadie para, es algo que lo deja en manos de quien responde.

Esa es una información interesante. Tenemos aproximadamente, *grosso modo*, incluso supongamos que somos generosos en la información, un 50% de personas en el país que no confía en los otros. Entonces, ¿qué es el otro para esta persona? Para los que confían, puede ser que la respuesta sea displicentemente –no necesariamente tiene que ser así– que lo siente como prójimo, como más próximo. Esta idea de campo-ciudad. Mantener ciertos lazos, cierta proximidad.

Ése es un tema para otra conferencia: ¿Qué se considera hoy lo ajeno? No es fácil saber qué es lo ajeno hoy, por el tema de cómo vivimos la proximidad. Cuando la intimidad se transforma, lo público se transforma y lo próximo se transforma. Como hay transformaciones de la intimidad muy fuertes y vertiginosas, obviamente la idea de lo prójimo, de lo próximo, lo ajeno, lo extraño, también cambia.

Pero lo que sí sabemos es que hay un 50%, por lo menos, de personas que no confían en los demás, según datos de las encuestas que les nombré. Ahora les voy a leer partes de dos entrevistas: una, tomada en 1998 a una joven en Luján; y la otra, tomada en el 2014 a una joven peruana en Lugano, Ciudad de Buenos Aires.

Primero voy con la chica de Luján, 1998. No la voy a leer toda, aunque tengo una cita un poco extensa, para que no se me aburran.

Entrevistador: ¿Qué te pasó?

Entrevistada: Tuve unos problemas con unos vecinos. Nos patotean a cada rato. Tiran ladrillos. La otra noche casi le rompen la cabeza a mi nena. Estaba durmiendo en la pieza y tiraron medio ladrillo. Así. Entró a la puerta y así le pasó por la cabeza a mi nena. A la vecina la tenía dentro de la casa de ella, porque tiraron cohetes. Tiraron tiros al aire y no quieren que estemos ahí. Porque yo tengo un problema con mi comadre. Primero tuvo mi hermano un problema con ella. Ella vino, denunció y me metió a mí en líos, que yo no tenía nada que ver. Entonces yo me enojé, me fui y hablé, fui a ver... Pero no. Ahora estamos en casa de un amigo, porque tenemos miedo que pase algo. Y si pasa algo, quién lo va a pagar. ¿Nosotros? Nosotros dejamos la casa ahí y ahí no hay nadie. Ahora si le pasa algo a la casa, nadie se va a hacer responsable. De nada. Como

que tenemos miedo. Ayer vine al centro en bicicleta a comprar unas cosas, me fui y me empezaron a seguir para pegarme.

Lugano, 2014:

Entrevistada: Sí, directamente vine para acá. Así esto fue.

Entrevistador: ¿Y ahí tuviste a tu nena?

Entrevistada: Sí, la tuve gracias a Dios. Ellos me ayudaron. Ellos al principio me ponían el miedo. Me decían te van a robar a tu hija. No tenés que salir sola. Y dos años estuve así. Dos años con miedo. Mirá si me agarran y me roban. Como no tenía documentos. En ese entonces no tenía documentos, una vez que nació mi nena, parecía que estaba aturdida con esa situación que había vivido en ese momento y mi pensamiento no estaba claro.

Entrevistador: ¿Claro?

Entrevistada: Sí, estaba todo como que alguien me decía algo y me daba miedo. Todo eso. No estaba segura de las cosas. Era una indecisa ahí. Todo lo demás. Poco a poco fui superando todo eso. Después cuando todo eso terminó, empecé a buscar un jardín, porque necesitaba trabajar. Y ahí donde la señora, hacía las cosas de la casa, me daban de comer, etc.

Los datos cuantitativos y los datos cualitativos no traen buenas noticias. La tensión es que en 1998, esto le pasa a una jovencita de catorce años. Y esta otra persona, que viene de Perú, está dos años sin ver la luz de la calle porque la tienen amenazada que le van a robar la niña. Los relatos se unen por el miedo. No hay posible definición de amenaza, si no es por el lado de tener miedo. Entonces, la pregunta para la charla del día de hoy es: ¿qué pasa en una sociedad en la que la gente parece no confiar demasiado en los otros, y en la que hay mucha gente que tiene miedo desde hace más de veinte años?

A partir de estas preguntas, he planificado la charla en cuatro aproximaciones y un escolio. El escolio, después lo voy a justificar. Las cuatro aproximaciones quieren decir esto: voy cerrando las cuatro aproximaciones para poder ir como tejiendo una madeja entre ellas, sin necesidad de que inicialmente se coligen. Tienen su autonomía, por eso son aproximaciones.

Primera aproximación

¿Qué podemos saber, desde las Ciencias Sociales, sobre la amenaza? Hay un primer grupo de amenazas, que son bien interesantes, que se llaman *amenazas de disponibilidad*. Éstas casi todos las vivimos, y como ustedes son psicoanalistas, psicólogos, o gente que trabaja en éstas cosas, lo saben. La primera amenaza de disponibilidad es que el otro se vaya; es la ausencia. La primera aproximación a la lógica de la amenaza es que el otro no esté más. Los escritos que hay sobre este tema suelen hablar del padre, de la madre, del amor conyugal: esta idea de qué pasa si el otro no está.

De hecho, nosotros nos hacemos los tontos, pero vivimos todo el día en alguna tensión con esta idea, en tanto y en cuanto estamos atentos. Esta cosa que hoy en los medios se dice: “estar atento al otro”. ¿Para qué estar atento al otro?, ¿se va a desaparecer? No. Hay una relación entre disponibilidad y presencia. Por eso la amenaza tiene que ver con un proceso de ausencia. Por lo menos, ausencia sentida, vista por el sujeto, intuita.

Además de esta primera aproximación, hay otro tipo de amenaza que está asociada a la *incertidumbre*. Porque cuando uno va dándole vuelta a la noción de amenaza, se da cuenta que lo que amenaza es lo incierto. Como veníamos del miedo, tenemos que saber qué significa el miedo con la incertidumbre. Porque lo que el miedo provoca es no poder completar la acción: “no, a mí me da miedo; yo no voy”; “a ese auto no subo”; “A mí me da miedo; en avión no voy”. El sujeto no completa la acción porque le provoca cierta incertidumbre. ¿Qué pasa con esta incertidumbre?

Otra categoría muy interesante para ver la amenaza es la *necesidad personal de estructura*. Necesidad que todos tenemos en algún sentido. Uno va a una institución pensando que se encarga de repartir ciertos saberes y ciertas exactitudes. Los saberes vienen con las exactitudes. Por ejemplo, uno viene acá y no espera que le pase lo que ocurrió en Charly Hebdo. Por eso Charly Hebdo es desgarrante. Hay una cosa muy clara: los sujetos nos ligamos a la institución por una necesidad estructural. Sin la estructuras no vivimos. Por eso hay algo –medio raro– que son las “teorías del manejo del terror”, que dicen que justamente lo que hace esta incertidumbre de amenaza es otorgarle al sujeto un puente para esta necesidad personal de estructura.

Fíjense que no está tan alejado, allá en Francia. Si a un sujeto que no tiene nada más que la asistencia estatal, que lo liga puramente a una asistencia estatal, se le saca esta asistencia, lo que genera es justamente una demanda sobre esa necesidad.

Transforma en necesidad. Por eso hay una necesidad personal de estructura. Si no está eso, el sujeto parece como que no existiera.

Específicamente, uno puede observar este proceso en la estrategia racional de supervivencia que tienen muchos grupos sociales que se encuentran en situación de segregación. ¿Qué es lo que pide un asentamiento? El reconocimiento del asentamiento, introducción al sistema, una escritura. Lo peor que le puede pasar a alguien es quedar atrapado en algo que luego se puede hipotecar, enjuiciar. Meterse al sistema. Otro ejemplo: ¿qué es lo que uno exige cuando exige matrimonio igualitario? Muchas cosas, pero entre ellas, exige estructura, sistema. Está bien, porque uno no puede vivir sin sistema. Lo que sucede ahí es que la incertidumbre está con el alejamiento, con la ausencia, con el miedo que da no tener estructura. Por eso, si yo no estoy en esa relación de estructura, puede que el otro me dé miedo.

Con todo, queda claro que la falta de la relación necesidad-razón-estructura genera ansiedad. Ansiedad que nosotros no definimos como lo hacen ustedes, los psicólogos.

Un sociólogo inglés, Anthony Giddens –hoy muy desprestigiado porque llegó a ser noble inglés y entrar a la Cámara de los Lores– hace mucho, cuando escribía de sociólogo.... Era un dandy, andaba en un descapotado, jeans, etc. Antes que dejara de ser Tony –todo el mundo le decía así– a principio de los '90 escribió "*Transformación de la intimidad*". En ese trabajo menciona que la situación de ansiedad es una situación muy sencilla de describir: es cuando hay una ausencia que no puede ser presentificada con nada, y por lo tanto la exigencia de la presentificación se hace aún mayor. Son palabras de Scribano, no de Giddens.

Por ejemplo, cuando van a los colegios a explicarles por qué tenemos que dejar de fumar, la ansiedad es un gran receptor. El problema es: ¿receptor de qué?, del equilibrio entre fiabilidad y riesgo, tal como menciona Giddens. Y esto es lo que dice Giddens, en aquellos trabajos, del equilibrio entre fiabilidad y riesgo. Porque la amenaza es un riesgo. La amenaza es una relación, con incertidumbre como riesgo. La amenaza es una relación de la incertidumbre, que tiene el sujeto, al no estar atado a una lógica estructural que le permita diluir estos procesos de disponibilidad del otro.

Ahí hay una cosa bastante interesante que lanza el asunto de la amenaza muy lejos de lo que primero sale, cuando uno piensa en amenaza, que es el otro y la violencia.

En esta primera aproximación, lo que quise mostrarles es lo siguiente: siempre que se da un proceso de ausencia, se genera un proceso de incertidumbre. En el marco de esta incertidumbre, el sujeto empieza a sentir eso que llama amenaza. Esta amenaza está atravesada por vivencias, una de las cuales es el miedo, porque los mecanismos entre fiabilidad y riesgo se han desestructurado.

Se va el marido, ¿ahora quién hace arrancar el auto? Se va la mujer, ¿ahora quien enciende la hornalla? Estas dos cosas, que parecen tontas, son ligazones a la estructura y tienen que ver con esta primera aproximación.

Segunda aproximación

Hace muchos años, una de las primeras cosas que empezamos a estudiar en América Latina, era por qué habían sido tan sangrientos los golpes de Estado –en los '80, yo hice todos los deberes de estudiar totalitarismo y los procesos dictatoriales, de eso se trata mi tesis de Maestría–. No sé si ustedes están familiarizados con esa literatura, pero era muy común contar cuántos golpes de Estado había tenido Bolivia: 140. Nosotros tuvimos 30, estamos mejor. No voy a ponerme a explicar eso acá. Pero sí decir que era un mecanismo bastante útil para los procesos de dominación y de construcción de los Estados oligárquicos que había acá.

En los años '70, los golpes de Estado habían sido muy sangrientos. Una explicación que socializó un alemán –que vivió en Chile y también enseñó en la Argentina– y que tenía vivencias de otras cosas horrosas, es lo que él llamaba “percepción de amenaza”. ¿Qué pasaba?, ¿por qué la metáfora médica para la relación con los procesos de liberación nacional? Había que exterminar al enemigo. Después vamos a volver sobre esto, en algún momento.

La percepción de amenaza, ¿qué hace? Si uno analiza los golpes de Chile, Brasil, Argentina y Uruguay, que son más sangrientos –siempre hablando de Sud América; Centro América tiene otra historia totalmente distinta, que no entra dentro de lo que estoy diciendo ahora– no se generaba una pro-acción ante la posibilidad de acción del otro. Las clases en el poder y las clases subalternas, generaban percepciones de amenaza mutuas, y por lo tanto se identificaban como adversarios, antes de ser adversarios.

Un típico ejemplo de esta percepción de amenaza se dio en Chile. Fue un largo proceso de generación de amenazas que se les hace sentir a las clases altas chilenas, en función del proceso de la UP. Cuando en realidad, ese proceso no estaba siendo tan

amenazante justamente para esas clases, en términos estructurales, es decir, de plata y de algunas otras cosas.

¿Por qué traemos esto acá? Porque en todo caso, una de las cosas que tiene la amenaza –y esto es bien interesante– es que se da una creación subjetiva y social que depende del que se siente amenazado, del que experimenta la amenaza. Por lo tanto, con esta segunda aproximación que propongo quiero hacerles ver que la amenaza es una experiencia. Que tiene que ver con la experiencia, siempre que vincula uno al otro, es vincular pero la construye uno. Son las clases las que experimentaron esa percepción.

¿Qué entendemos acá por percepción? Es una organización de una sensación. Y la organización de una sensación pone en juego una cuestión bien interesante: la construcción, la elaboración. Esto de la percepción está asociado a otra cosa que pasó en los mismos momentos, y que también proviene de otro cientista social bastante famoso, que es el autopatrullamiento. En este sentido, otra de las cosas que no se puede explicar es *cómo la gente dejó que pasara*. Es una pregunta bien interesante. Los politólogos crearon esta categoría porque fue mucha la información que circulaba en torno a esta cuestión. Significaba que el patrullero estaba en la cabeza, que el Falcon estaba en la cabeza. Había una especie de autocensura, esto que hoy se discute por otras vías.

La noción de autopatrullamiento es bien interesante si uno la invierte, justamente, con la percepción de amenaza, con la noción foucaultiana de vigilancia, que el propio Niels transforma. ¿Qué es una vigilancia? Es la sociedad puesta en mi cuerpo. El autopatrullamiento es el Falcon adentro mío. Esto no significa que el Falcon no exista. No le estamos dando entidad de ficcionalización. En realidad, como habíamos visto en la anterior aproximación, la percepción es una creación. Cuando uno dice que algo lo amenaza, tiende a desvincularse de la relación, cuando en realidad es una relación. Es una relación con el otro, con los objetos. Después me gustaría volver, porque todavía no lo he discutido qué significa el otro acá.

Estos procesos de percepción de amenaza, con una entidad material llamada autopatrullamiento, fueron hostigados, pero a la vez llevados de la mano de los ismos. Fíjense qué significa extremismo. Extremidad, lo que está más allá, los extremos; siempre los extremos se juntan. Es la idea de mucha propaganda nazifascista.

Pero fíjense qué interesante: los istmos son cosas que se comunican porque se tocan los extremismos. Una de las cosas, sobre todo el *think tank* de la Fuerza Aérea en

la dictadura –la Fuerza Aérea, por una razón que todavía no me puedo explicar, creía que el corazón de la ideología terrorista era Gramsci; más equivocados imposible– pensaban que ellos tocaban los extremos: la derecha y la izquierda apátrida. La amenaza como vinculación hace desaparecer el espacio, la comunicación, porque la patria es un espacio de comunicación.

En realidad, una amenaza es una forma de mapear la relación. La construcción respecto a lo que el otro sea, proviene de la estructura de la vinculación. Ya vamos a ver qué me empieza a pasar cuando el otro me produce terror.

Desde la Revolución Francesa en adelante, una de las cosas más interesantes del terror como instrumento político –a la próxima charla vienen Flabián Nuevas y Pablo Bonavena–, es que lo que busca causar es desorientación en el enemigo. La desorientación es lo único más concreto que tiene, en tanto táctica; en términos de estrategia, es otra cosa.

¿Qué significa terrorismo? Es un istmo a través del terror. Todos los actos del terror tienen que buscarse en la vinculación. A propósito, en mayo publicamos en el boletín *ONTEAIKEN*² un número sobre los sucesos internacionales que han ocurrido últimamente, y hay una colaboración de un francés sobre Charlie Hebdo. Algo que no fue contado en nuestro país es que una de las personas que estaba ahí, durante esa mañana terrorífica –que todos repudiamos, en un montón de sentidos– estaba ligada al autor que había escrito sobre esta especie de ficción de orden mundial, mandado por el Islam, que era la polémica de Francia en el 2014. Es terrorífico el libro.

El autor que nos manda el artículo a *ONTEAIKEN*, muestra claramente cómo el terror siempre está del otro lado; esa construcción de la amenaza, respecto de la percepción que yo tengo y cómo pongo el patrullero, se hace carne. Luego volveremos sobre esto.

Tercera aproximación

La primera aproximación fue la ausencia, que tiene que ver con la relación con el otro como ajuste con lo estructural. La segunda, señala la vinculación con lo espacial y lo político. Veamos ahora la tercera aproximación que les propongo.

² *ONTEAIKEN. Boletín sobre Prácticas y Estudios de Acción Colectiva*. Publicación electrónica del “Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social” (CIECS-CONICET-UNC). Disponible en: <http://onteaiken.com.ar/>

Si uno tiene que definir la amenaza, tiene que definirla por el lado de un peligro inminente. Las preguntas que nosotros nos hacemos son: ¿por qué la desconfianza se transforma en peligro inminente?; ¿por qué el otro se transforma en gatillo, en disparador, de un peligro inminente y en qué sentido lo hace?

Hay una cosa que me resulta interesante discutir en la Argentina actualmente, y es la idea de cómo el peligro inminente empieza a vincularnos con un concepto –que más que concepto, me parece una evidencia–: la sospecha. ¿Qué somos, hasta que no demostramos lo contrario? Sospechosos de una acción. “Sospecho que me va a querer”. “Sospecho que me va a echar”. La sospecha es un acto social, absolutamente necesario para la vinculación. Si no sospecho, no puedo prever.

Merleau-Ponty decía que existe una pretensión que está tirada hacia el futuro: “¿Qué pretende Ud. de mí?” significa “sospecho que me va a hacer algo”. Jugar con la idea de estar *tirado hacia algún lugar, arrojado hacia un futuro* –digo “tirado”, en tanto sujeto– tiene que ver con qué significa que el otro entre en un mundo de la sospecha. ¿Qué sospecho yo que me va a pasar?

¿Yo puedo presumir? Esta es una cosa bien interesante. Porque voy a empezar a discutir esta idea. Hasta ahora le hemos dado una vuelta bastante interesante, a mi gusto, tratando de llegar a la noción de amenaza, pero la sospecha se empieza a radicar en el otro. ¿Vieron esas típicas películas norteamericanas en las que entra el detective, está todo ensangrentado, los tipos están cortados por todos lados, una gran sala y él se dirige a un ángulo, agarra una lapicera con capuchón y dice “acá tengo el rastro”? Después termina siendo el abuelo de Heidi, el culpable. ¿Dónde puso el detective la evidencia de la sospecha? ¿Qué pretensión tiene detrás de la lapicera?

Quiero ir cerrando esta tercera aproximación. Una amenaza es justamente el *manejo del tiempo respecto y en relación con el otro*. “Usted me amenaza y yo sospecho, presumo, pretendo”, en el sentido de que *me pasa algo*. De ahí que no haya acción social sin pretensión. No hay acción social sin una sospecha de que algo va a pasar. El problema es en qué categoría pongo esa sospecha. Le voy a dar una vuelta a esta cuestión antes de pasar a la cuarta aproximación.

Si hay algo que ha emergido fuertemente en los últimos tiempos, es la hegemonía de las pasiones tristes en muchas de las relaciones que tenemos. Hay trabajos muy interesantes sobre este tema; voy a referirme brevemente a la envidia. ¿Cómo se relaciona la envidia con la amenaza? No hay nada más directamente

relacionado con la amenaza que la envidia, porque justamente es la sospecha de que el otro me puede ganar. La envidia es claramente saber que tengo la pretensión de ganarte. Es saber que voy a poder ganarte. Y de hecho esta pretensión trama las relaciones sociales, por ejemplo, con esto de que algo o alguien es apasionadamente envidiado. Incluso todos tenemos algunas cosas para ello (la pulsera roja, por ejemplo) porque la envidia está, se deposita, en la sospecha de que el otro tiene una facultad, tiene algo.

La envidia más clara que hay en la Argentina, es la envidia de clase. Es “ese negro de mierda que no se resfría nunca, que anda en patas”. Tengo dos artículos sobre esto. El negro de mierda es un objeto envidiado. Porque es un objeto de un deseo imposible, de estar en patas y en cueros, a las once de la mañana, sin hacer nada.

¿Qué hay detrás del muro mental, que nosotros no pasamos? ¿Qué hay detrás de las clases medias ilustradas, iluminadas de las sociedades coloniales? Gente envidiable, que no trabaja, asistido por la estructura, donde las ausencias se notan menos. Y por lo tanto, las amenazas son, como las del relato, las que atraviesan la línea. Nosotros estamos de este lado del muro. De este lado del muro, las sospechas van constituyendo una sospecha de intra-clase donde las envidias se localizan en la relación que tiene la *estructura del otro como objeto y de los objetos como un otro*. Por eso quiero tanto a mi gato: sujeto al que nunca podré envidiar, en algún sentido, pero no en todos.

Cuarta aproximación

La cuarta aproximación va con el primer desafío. La amenaza está relacionada con el *peligro de la violencia*; lo que el otro despierta en mí, lo que el otro hace en mí. Porque algo que me amenaza es algo que me conmina, y la *minacia* –en latín– proviene de la capacidad que el otro/los otros tienen de hacerme algo a mí. Por eso es bien interesante que discutamos si el planeta nos puede amenazar o nosotros amenazamos al planeta.

Porque justamente ahora, casi todos los que estamos acá, hemos entendido al otro como sujeto, como individuo, como ser humano de carne y hueso. Pero hay muchos otros. En el siglo XXI, los otros van a ser cada vez más plurales y cada vez más distintos respecto a lo entendíamos por individuo.

La primera cosa que tenemos que decir es que los verdugos creen en la culpabilidad de la víctima, siempre. Por lo tanto, sabemos que si alguien nos cree culpables, vamos a ser víctimas. Eso no es otra cosa que una estructura de relación,

donde los motivos para que el otro haga realidad su deseo de que desaparezca son muchísimos y los canales mucho más.

Esta frase es de René Girard, uno de los antropólogos franceses, de la antropología negra, triste, que no da buenas noticias: ¿Qué significa la historia de un verdugo? Un verdugo es aquel que no tiene ninguna responsabilidad sobre lo que provoca. El verdugo cree siempre que la víctima es culpable, por eso la mata. En América Latina, hace más de cuatro siglos, la historia es historia de verdugos. Y lo que está claro es que esos verdugos han elegido culpables.

Ahora bien, ¿qué pasa en las sociedades? Hay muchos más culpables que responsables. Por eso, ¿cuál es la amenaza elemental? La amenaza elemental es que me crean culpable de algo, y por eso paso la vida sabiendo que el otro es una amenaza y no confío. ¿O voy a dejar el auto con las llaves puestas?, ¿o voy a seguir en por la misma vereda cuando viene alguien con gorrita y arito tipo Maradona (pero sabemos que no es de diamante)? No, nos cambiamos de vereda. Porque justamente lo que produce el negro de mierda es un cruce de vereda.

Entre muchas cosas, los argentinos somos geniales –no sé si esta frase la digo porque estoy convencido o porque la dice todo el mundo; no estoy convencido– para buscar estos lugares. La amenaza, como miedo a la abyección, está relacionada con la envidia de clase. Todo lo que es abyecto, se transforma en culpable: es un objeto en busca de verdugo. Por lo tanto, el que está en la calle, con esta fisonomía, lo que busca es que le peguen.

No voy a tratarlo acá. Lo pongo como un bocadillo, como un aviso, de otra cosa que se podría discutir. Porque esa víctima, que siempre es culpable, es sacrificial. Están del otro lado del muro mental, viven con la seguridad de estar aferrados a través de la disponibilidad estructural, etc. Y la envidia que se produce es la sospecha de que este sujeto merece morir.

Morir es siempre una experiencia que tengo a través de los otros. Cuando nos preguntábamos por qué las dictaduras fueron tan sangrientas, la crueldad tiene que ver con la disponibilidad de las pasiones tristes. No hay nada más cruel que matar a alguien en vida. Se pueden discutir muchas cosas, pero si uno toma la historia social del genocidio argentino, que es el de los pueblos originarios, todos sabemos que no hubo tal conquista del desierto, etc. Si se acepta el genocidio armenio, tendríamos que reconocer que hay un genocidio.

Parece que todo es en el sur. En Catamarca, antes de la guerra con el Paraguay, el 70% de población era negra. Todos fueron muertos en la guerra porque los mandaban como carne de cañón.

Los verdugos tienen siempre disponible la razonabilidad de esta culpabilidad en el sacrificio. Por eso son expiatorios. Que el otro sea una amenaza para mí, legitima mi relación vincular respecto de él. Por eso es eliminable. Por eso hay terror y hay exterminio. Por eso en esos ismos (de los extremismos) me comunico; en el sentido de una de las formas de comunicación que ha tenido el ser humano desde que es ser humano: matar al otro.

Leo una frasecita, que construí como frase, porque tiene muchas cosas. “La primera víctima de la guerra es la inocencia. La guerra es la política por otros medios. La política es el abandono de la inocencia”. Si esta frase tiene algún sentido, es que nos advierte cómo son los procesos sociales por los cuales normalizamos y hacemos cuerpo las amenazas que implican aceptar que la política es el modo de relación con el otro, para no matarlo.

Este abandono de la inocencia, no es que yo sea bueno; en realidad, no quiero correr el peligro de que el otro me crea culpable y sea definitivamente la víctima. De ahí que haya una lógica bien clara entre la violencia y la amenaza. El otro es un portador de violencia. Lo violáceo, lo violado, lo que la carne con moretón, lo que la carne sin sangre dice al ser puesta en la calle. Porque lo cruel es lo crudo, lo crudo es la carne y la carne es sangre. La violencia es violeta, como el moretón.

Es muy interesante la relación entre moretón y abandono, esa primera cuestión que decíamos al principio. La violencia es el abandono definitivo de la capacidad de la palabra. Pero el problema que estoy tratando de poner acá, es si está bien construida la frase que dije o es el inicio.

La violencia es como un daltonismo y un monocromatismo, a la vez. Porque en la relación que se llama amenaza, al otro lo empiezo a no ver del color que es: o lo veo negro, capaz de toda sanción; o lo veo blanco, incapaz de sanción alguna. Pero no sé qué color tiene. Hay un adverso entre daltonismo y monocromatismo; y las sociedades que se construyen en blanco y negro son las sociedades que no pueden ver. Son las sociedades que terminan siendo daltónicas: por eso pasan todos en rojo.

La vista y el color tienen que ver con la luz; y el color es un reflejo. Siempre el color es lo que el otro refleja en mí, o lo que yo veo que refleja el otro. Por lo tanto, lo

que está en juego es una relación: si usted no tiene luz, no hay color. Si usted no tiene cuerpo para relacionar, no ve.

Por eso, el daltonismo es una especie de sociedad que rema en gelatina hasta el momento en que puede establecer un culpable. El culpable es el que porta todas esas cosas; aquello que es abyecto, el segregado, aquello que no es permitido, aquello que esta fuera del muro.

Las ciudades coloniales blancas y legales, como la nuestra, se esfuerzan por reforzar los muros mentales. Porque es a través de ellos, que establecemos los límites, los bordes, las fronteras.

¿Por qué el otro se transforma en esta estructura de amenaza? Porque en todo caso está en juego algo bien interesante: nosotros, habiendo perdido la inocencia en la política, sabemos que es posible que el culpable sea yo, que sea decretada mi muerte, que el verdugo me crea culpable. Y que eso se naturalice. Cuando decimos “se hace cuerpo” es porque da lo mismo.

Por eso decía anteriormente que el negro de mierda es una buena metáfora. Lo que ocurre con el ojo, oscuro, negro, significa desaparecer. De ahí que tanto Marx como Freud hayan visto toda la herencia que va del daguerrotipo a la foto, a través de la cámara invertida. Para que haya cámara invertida tiene que haber luz, para que haya cámara invertida tiene que estar toda la pared pintada de negro. Porque el agujerillo es el que posibilita la vista.

En ese sentido decía el negro huele mal. No solamente tiene una textura. Hay toda una política de sentidos. El otro se constituye en amenaza, a través de la configuración de una política de sentidos. Tiene cara de chorro, huele como chorro, lo escucho como chorro, camina como chorro. El cuerpo de chorro. El cuerpo de negro de mierda, porque la mierda es parte de lo que construimos como sobrante de la energía. La diferencia entre la posibilidad y la imposibilidad, es la energía corporal que tenemos. El negro significa eso que quedó después de la energía.

Escolium

Cuando estaba preparando la charla, por una serie de casualidades, llegó hasta mí el famoso texto, que ustedes conocen mucho, de la correspondencia entre Einstein y Freud sobre la guerra.

A mí me hizo pensar nuevamente algunas cosas, sobre todo porque vi que algunas traducciones en castellano en lugar de poner “violencia”, ponían “fuerza”. Es decir, traducían mal lo propio que decía Freud, cosa que no hay que hacer en un texto.

Si van al diccionario etimológico español, un significado –ya en desuso, perdido– de amenaza “es conducir/ guiar ganado”.

Y ante la demanda de Einstein sobre la institucionalidad, es decir, de cómo hacemos para evitar la guerra, Freud le da una respuesta que, para mi gusto, es una obra maestra del análisis en tan solo cinco renglones. Dice: es muy simple, lo que usted llama derecho, es violencia comunitaria. Si usted se va a bancar la violencia comunitaria, instauró la violencia como derecho. Porque sumado a esto, la exigencia de Einstein es hacer pensar en el poder. A cambio, Freud le hace recordar que el poder está en la vinculación que tenemos con los otros sujetos. La violencia ha nacido porque el hombre tiene como destino –la amenaza está implicada ahí– hacer desaparecer el cuerpo del otro.

Si uno no empieza por ahí, no puede analizar por qué el otro se transforma en amenaza. Porque, en todo caso, el problema de la amenaza es “guiarnos a todos como ganado” si la desmaterializamos, es decir, si salgo de la trampa de matarte y paso a la trampa de la violencia colectiva. Así, para Freud, el otro como amenaza es justamente la sustitución de la identificación. Y en eso consiste el hecho de que la cara del otro, el caminar del otro, se rompa como una amenaza. Porque cuando no hay vínculo, hay violencia. Y como hay violencia, lo que hay es amenaza, en tanto estructura vincular con esos otros objetos llamados otros.

Acordando que Marx y Freud vieron lo mismo, me parece que el “negro de mierda” es un síntoma de lo social. Desde la óptica de Marx, ¿cuál es la amenaza radical?, que se pierda el derecho de propiedad, que es la primera instauración del derecho, en esto que dice Freud que es la primera instauración de algo que se llama lo común.

En ese punto, y para decirlo de otra manera: después de la Segunda Guerra Mundial hay muchos otros que significan para uno la amenaza de una violencia; que vuelve incluso en esta especie de inocencia perdida que significa el derecho, es decir, en esta comunidad que se da a sí misma la capacidad de elegir, determinar y saber quién es realmente el culpable y la víctima. Y, por lo tanto, tener estructuras de relaciones que le permiten identificar la víctima.

Si uno ata lo que estuve diciendo desde la primera aproximación –cuando mencioné que hay una amenaza de disponibilidad– podrá observar que el otro se me presenta como amenaza, en tanto se me presenta como algo que no puede ser guiado, arriado por mí. El otro aparece como algo desviante, en el sentido diverso, por eso se lo empalma con la figura de lo abyecto. Pero, además, porque me provoca la incertidumbre de no saber si el culpable voy a ser yo.

Es por ello que lo que está en juego en el derecho es el poder de decir quién es el culpable. Y, de una forma u otra, genera la idea de que el otro como amenaza sirve para el autopatrullamiento –tal como veíamos en la segunda aproximación– porque al generarme la relación de separación, el que se comporta soy yo. Es decir, no es que mantengo al otro del otro lado del muro, sino que yo me mantengo de este lado del muro. Sin ningún tipo de romanticismo o miserabilismo, lo que está en juego es esta idea de qué significa un extremo. Para decirlo de otra forma, y ligándolo con la tercera aproximación: si yo me quedo de este lado del muro, obviamente que la amenaza se vuelve parte de la envidia que produce recelar a alguien por saber que me va ganar.

En este sentido, hay una vuelta a la última parte que me gustaría reinventar, y es la relación entre inocente y culpable, es decir, entre la víctima y aquel que no merece ser castigado. El otro como amenaza es una redefinición de quién merece la pena ser castigado que se produce todos los días. De modo que la vigilancia que yo tengo, es una vigilancia que me somete a una contención de este lado del muro.

Entonces, ¿a principios del siglo XXI, cómo vamos a definir esos “otros” que son los “culpables”? ¿Dónde está puesta la capacidad del verdugo de decir quién es el culpable? A mí me parece que son preguntas que quedan abiertas en muchos sentidos. Para finalizar, quiero mencionarles dos cosas. Una, que recuerden la película “Relatos salvajes”, sobre todo la escena del automóvil. Por otro lado, hay una película que se llama “La purga”; es una saga que ficcionaliza el hecho de que en Estados Unidos, luego de un proceso de refundación, en el año 2025, se vive la noche de la purga. Esto quiere decir doce horas para poder matar y cometer todo tipo de crímenes y delitos, que equilibra eugenísticamente la sociedad y, por tanto, todas las personas se ponen atrás del sistema de seguridad.

La pregunta es la siguiente: ¿qué lo es que genera amenaza en el otro en el siglo XXI? Todas las investigaciones y las respuestas que tenemos son del siglo XX. Nosotros estamos acostumbrados a los campos de concentración, a los genocidios, a las

persecuciones, a armas de destrucción masiva, a las guerras convencionales. Hace cuarenta años atrás, todo el mundo discutía la amenaza nuclear; hoy, ¿quién habla de eso?, ¿es que no hay más bombas atómicas? En los años sesenta, cuando se inventa el anticonceptivo, todo el mundo discutía sobre la población mundial, que iba a crecer y que iba a haber mucha hambre: ¿hay hambre, población mundial? Está naturalizado.

La pregunta es: ¿cuáles son las características de este otro que yo he tratado de recomponer a través de la noción de amenaza?, ¿que implicaría realmente una amenaza?, ¿cuáles son las cosas que hemos naturalizado por las cuales merezca la pena que el otro sea condenado antes de ser enjuiciado?

Tal como Freud le contesta a Einstein, en realidad no se trata de un problema meramente de poder institucional. Porque si alguien no tiene la capacidad colectiva de ejercer la fuerza, lo que vuelve es la violencia. Gracias.

Gabriel Levy: Yo pensaba lo siguiente, todo el tiempo. Es más que interesante hacer un trabajo más puntual –que propongo hacer de mi parte– de poder, por decir así, casi sumariamente, ver cómo se definen algunos términos. Incluso puede ser una lengua de Babel, en el sentido de lo que en el Psicoanálisis consideramos como el otro, la envidia. La amenaza significa algo por completo diferente, que el uso que puede tener en Sociología. Eso no quiere decir que las hipótesis puedan superponerse o no. Los términos significan cosas distintas.

Lo que me llamó la atención, y quiero destacar, es la cuestión metódica. Y que en lo que vos transmitías, está superpuesto el método que usan los sociólogos, el sentido, el valor de las encuestas; como que eso abona una hipótesis. Eso está superpuesto, y me parece mucho más interesante el método de trabajar cuestiones por el lenguaje mismo.

Tomemos el último caso, de lo que recuerdo: la cuestión de lo que queda reprimido y perdido en la significación de lo que es amenaza como guiar ganado. Es un trabajo sobre el lenguaje, estrictamente en relación a lo que la amenaza como término conlleva. Después, ¿qué hacemos con el guiar ganado?, tiene que entrar dentro de alguna hipótesis. El método es, en algún sentido, hegeliano respecto de tratar de explicar algo estrictamente no por fuera del lenguaje. No por fuera de lo que significa “amenaza” como tal. Una significación que quedó perdida. Efectivamente si eso quedó perdido, algo hay.

Lo recuerdo, porque no anoté nada. Son resonancias. Cuando decías la sospecha en relación a la amenaza del enunciado: “¿qué pretende Ud. de mí?”; ése es el enunciado histérico por estructura. Ahora si alguien lo dice, quizás la amenaza consiste en lo que el sujeto pretende del otro. Cambia la perspectiva.

Lo que me apasiona ver como si fueran campos, y donde está la intersección de las cuestiones, es cómo se podrían interpretar ciertas cuestiones, cómo significamos las cosas desde el punto de vista del Psicoanálisis, que no es una concepción del mundo, ni explica todo, ni nada parecido.

O, por ejemplo, efectivamente, te diría muy sintéticamente: para el Psicoanálisis la envidia es una pasión económica. Es una pasión triste. Porque supongamos que se pudiera envidiar al negro de mierda porque anda en patas, ¿cuál es el objeto de esa envidia? Porque no hay envidia sin la relación a un objeto. La pasión es en relación entre un sujeto y un objeto, vinculado a esa pasión.

Siempre el objeto te va a llevar a una buena pregunta, por ejemplo, ¿cuál es el objeto de los celos?, ¿cuál es el objeto de la envidia?

Como modo muy general, ¿qué definición puede sintetizar lo que se podría decir acerca de la amenaza en el Psicoanálisis? Diría que no hay amenaza ninguna donde el sujeto no lo signifique como algo que puede perder. Está cerca de lo que decías de Freud, porque en realidad si no hay bienes, no hay nada que se pueda perder. En la clase media. Un homeless, ¿qué puede perder?, no se ve amenazado por nada.

Por eso se vincula a la clase media como el lugar social donde más podríamos significar una amenaza. Porque son los que consideran que tienen algo que perder. Aunque sea paradójico, los ricos están muy seguros; no están amenazados porque nunca se termina de poner en juego lo que pueden perder.

Ahora, después está lo que se puede perder, ¿cuál es el objeto?, porque ahí empezamos con la precisión de los términos. ¿Qué significa el otro para el Psicoanálisis? Hacer ese trabajo sacaría conclusiones más interesantes. Porque estoy seguro que en algún punto hay una intersección entre la perspectiva sociológica y la perspectiva psicoanalítica: es un cimiento de la teoría qué significa el otro, el Otro.

Son comentarios, nada más. Pero hay cuestiones más que interesantes. Cuestiones relativas a los términos. Toda la primer parte, la primera aproximación, la amenaza vinculada a la ausencia. Se puede decir que en el Psicoanálisis se piensa al revés: lo amenazante como una presencia que no se puede significar como ausencia. Por

eso muchas veces se vincula el peligro con lo que está afuera y el peligro es lo que está adentro.

Todas estas cosas se pueden allanar. Pero no soy proclive a cerrarlas rápidamente. Porque no hay interlocución en la Argentina. Los sociólogos trabajan por un lado, los filósofos por otro. ¿Dónde está la interlocución?

Hay alguna conclusión, alguna intersección que se pueda relevar. No se trata de que yo tengo la verdad y el otro no la tiene. La utilización de los términos es por completo diferente. No sé si entendés.

Adrián Scribano: A mí me parece que la interacción disciplinaria es algo interesante. Una de las cosas es que yo mismo soy un ejemplo de mamaracho disciplinar porque vengo de distintas disciplinas. Lamentablemente, me doctoré en Filosofía; algo me tiene que haber quedado.

Algunas cosas que dijiste, que me parece que hay que verlo ahí. A mí me parece que lo importante de la Argentina no es que sea un problema conceptual, sino que no se piensa con cierta materialidad de la ocasión. Nosotros estamos lanzados sobre objetos que hemos fragmentado a través del discurso científico por el sólo hecho de que eso nos deja –como dice la gente de teatro– dentro de la zona de confortabilidad.

En Argentina tenemos el desafío de pensar la Argentina como objeto. Como no existe la Argentina, tampoco sabemos bien qué es la sociedad.

A mí me parece que hay mucho para discutir en términos concretos.

El objeto es tener ese cuero que no se resfría. Así lo dice el tipo en la web, no son palabras mías. Hay una web que se llama “Matemos negros”, que dice que hay que tirar bombas atómicas. Hay otros que salen de cacerías de negros. En Brasil hay cacerías de negros, muy activas; en Argentina son menos. El tipo dice que la envidia es del cuero. Ése es el objeto. Eso es lo económico porque: 1) El tipo no necesita trabajar para alimentarse; 2) Tiene un cuero que no se resfría.

Y la otra cosa, esta idea de él, que está buena: retomar qué significa tener que perder algo. Nosotros lo hemos estructurado a partir de una serie de intuiciones que hemos denominado: “La gente vive en un mundo de No”. Eso tiene que ver con la amenaza de hoy.

Hay literalmente gente que no tiene nada que perder, en el sentido que sí tiene algo para perder: la vida. No tiene educación, no tiene salud, no tiene salario. Hay

mucha gente que vive en esas circunstancias, por lo tanto sí tiene que perder, ¿por qué? En todo caso, lo que la sociedad nos demanda es un ajuste estructural vía Estado. Eso es lo que se produce. De hecho, una de las cosas que nosotros hemos trabajado más es la composición de clase de las estructuras de protesta en la Argentina en los últimos quince o veinte años. Ahí hay muchas cosas.

Por otro lado, me da la sensación que hay que darle una vuelta a la idea de las definiciones. Lo que presenté hoy fueron “aproximaciones”, porque así se trabaja cuando no se quiere definir de antemano. Como no lo quise definir de antemano, lo fui construyendo con aproximaciones. La consecuencia es que yo definí “otro” y “amenaza” a partir de las cuatro aproximaciones y el último escolio. Yo tengo esta cosa de sociólogo. Siempre hago la misma broma: en realidad, cuando era chico quise ser filósofo, después me di cuenta de que en la clase social de que venía no podía ser y me dediqué a la sociología.

Otra cosa a discutir, ¿qué significa cuando digo materialidad? Estoy diciendo una cosa muy complicada, que no es fácil de digerir muy rápidamente. Además, todas las categorías que uso son de carácter sociológico. La noción de ausencia, estaría bueno verla. A los que nos gusta discutir este tipo de cosas, nos resulta muy interesante.

Lo que quise hacer hoy acá fue, a través de estas aproximaciones, dejar picando una pregunta. Porque me parece que lo más importante es preguntarnos qué significa esto a principios del siglo XXI, en esta sociedad. Por eso, tal vez, no empecé con la constitución de la definición. Ahí hay muchas cosas.

María del Rosario Ramírez: A mí me parece complejo y bastante difícil. Sería como adaptarme a un tipo de discurso al que no pertenezco y, obviamente, uno trata de buscar similitudes o acercamientos. Pero nunca se sabe muy bien si estamos hablando de lo mismo, en definitiva.

Me pareció interesante, porque justamente es un punto que acerca. Cuando hablé de la política como pérdida de la inocencia –no recuerdo exactamente las palabras– era lo que permitía considerar la posibilidad de que puedo matar al otro, como el otro puede matarme. Y la política hace posible que la terminemos con eso. O el estado de derecho, todas esas cuestiones.

A mí me parece que cuando Freud toma estas cuestiones, en “Por qué la guerra”. Hay varios textos sobre el mismo tema. Uno, es la carta de respuesta a Einstein. Me

parece que muestra un aspecto bastante desesperanzado; en un contexto muy antiguo, pero creo que vigente.

Hay una cuestión bastante desesperanzada respecto de la propuesta de Einstein: somos pacifistas, ¿cómo podemos trabajar para que el tema de las guerras y la violencia terminen? Freud le dice que él también es pacifista y trata de hacer todo lo posible para no estar matando al que tiene cerca. Pero hay una dificultad, entonces lo desanima un poco a Einstein, y es que no se puede dominar, lo que Freud llama, la pulsión de muerte o pulsión de destrucción. Es decir que con el otro no nos llevamos bien, y esto parece que no tiene mucha solución. Algo que cuestiona bastante muchas de las propuestas cristianas, que no siempre se pueden decir en la plaza pública o en cualquier lugar, porque uno queda muy mal con respecto a las cuestiones del amor y toda la maldad que sabe que tiene cada uno. No lo puede estar diciendo, pero contamos con eso. Es algo que no tiene mucha solución la cuestión de hacernos pacifistas: podemos hacer infinidad de cosas, pero sabemos desde el Psicoanálisis que está la pulsión de destrucción. Al otro no le deseo lo mejor.

Adrián Scribano: No sólo no le deseas lo mejor; hace falta que no lo hagas.

María del Rosario Ramírez: La cuestión de “La purga” es algo de lo que nos privamos diariamente. Matamos al otro por estupideces. Me negé determinada cosa, sueño que se cayó de un onceavo piso.

Por un lado, me parece que me alejo mucho de algunas zonas problemáticas que estaban planteando, políticas y todo esto. Quería comentar este aspecto.

También subrayo la cuestión del verdugo. La primera cuestión que me acordé es del juicio a Eichmann y todo el planteo de Hannah Arendt con respecto a la banalidad del mal, bastante discutido. Lo que permite entender “el burócrata”, una locomotora que hace lo que tiene que hacer o le dicen que haga, y en el fondo no hay ningún juicio acerca de si está bien o está mal, problemas de conciencia.

Me pareció interesante la cuestión del verdugo porque quizá forma parte del cinismo social; cuando ya no importa nada de nada donde se incluye, matar.

Adrián Scribano: Hay una cosa que quiero comentar sobre la cuestión de la política y la inocencia. Hay algo muy interesante que pasa en estos últimos veinte años; en los '80

era otra cosa. Cuando nos alejemos de esto, los que tenemos más de cuarenta sabemos que los años se alejan, y los '80 van a ser cada vez más importantes. Vamos a caer en la cuenta de lo que realmente son los '80. Los que militamos el traspaso de la dictadura tenemos una experiencia de los '80 que no es realmente la que existe ahora. Lo que quiero decir es muy simple: ninguna fuerza política –las hay, pero no las voy a mencionar para no caer en polémica– dice que la violencia política es un camino para construir la sociedad.

Miren, estamos en una situación de fuerzas armadas desarmadas que tienen una operatividad para dos horas. Estamos viviendo en una sociedad intercomunicada; estamos en una sociedad con una estructura de relaciones internacionales tal, que nadie le prestaría ayuda bélica a un país como el nuestro. Entonces ¿por qué hemos renunciado a la violencia como método político? Porque en el sentido del arreo –obviamente hay que ser demasiado tontos para conceder que– justamente ahora no se puede. Ahora que se puede.

Por eso me resulta muy interesante mirar qué significa esta cuestión del otro como un objeto de sospecha permanente, donde yo pongo claramente toda la preocupación, sin darme cuenta que posiblemente haya naturalizado muchas otras cosas como obvias. Como, por ejemplo, que las cosas son como son y que no hay forma de tomar el poder por una vía armada. Es muy interesante que después de cincuenta años, justamente cuando tendríamos la gran oportunidad, no lo hagamos; porque no es que la oportunidad no existe.

Otra cosa es ser brasileros: tienen la cuarta flota a punta de pistola. Uno cuando dice ahora: “¿por qué no hacen tal cosa?, tienen una parte de la flota más poderosa del mundo”. No es casual: tienen dos bases y la de la triple frontera, por lo tanto están rodeados. No es fácil hacerse el hombre con esta geopolítica.

Pero me da la sensación que el siglo XXI ha disparado formas de violencia tan radicales como las anteriores, donde lo que hay es la aceptación por parte de la sociedad –vuelve el cinismo– de que el uso de esta violencia está concentrado en el verdugo. Y que él puede decir “esto sí, esto no”.

Fíjense qué pasaba a principio de siglo XX en Europa. Justamente, uno de los procesos que desemboca –por supuesto que tiene causas económicas, que son recontra obvias– en la Primera Guerra Mundial, es que se ha roto la capacidad –que el propio Freud le hace ver a Einstein– de ver que no estamos ante el Imperio Otomano. Hay

una clase de geopolítica que le da Freud a Einstein. Con esto cierro su comentario. ¿Saben que hicieron los griegos?, “crearon-la-Paideia” porque las ciudades que eran el mundo helénico no eran “justamente” amigas. Eran amigas respecto a lo externo. ¿Pero cómo? Creando el helenismo. El helenismo es una ficción. Una ficción que une a eso frente a lo otro.

Este es el punto. Me parece que nosotros estamos construyendo ficciones nuevas para suplantar esta aceptación lisa y llana. La explicación sería que la muerte no conduce a ningún lado –hay cuatro mil años que están en contra de esa afirmación– porque parece que conduce a un montón de lados. Y ése es el punto. El punto es buscar, como lo hago en la segunda aproximación, el miedo en relación. Puede ser que seamos sociedades que vivimos atravesadas por una relación con el miedo, de forma tal que se constituya en otra cosa y no en lo que nosotros pensamos.

Me parece que uno de los ejes que vamos a tener que discutir es qué se le va teniendo miedo; qué relación hay entre esta especie de eugenésica naturalizada, con una eugenésica decidida, planificada.

Hay mucho para charlar. Si hay algo que a mí me atrae de la teoría crítica, y que fue el motivo por el cual yo me conecté con la escuela, es el cruce entre Freud y Marx. Ahí me parece que hay cientos de preguntas que hacerse para el siglo XXI.

Si uno piensa en la idea que daba yo en la cuarta aproximación, en esa cuestión más política, donde decía que en la política lo que termina es la inocencia, es porque en realidad es la guerra la que termina con la inocencia. Es la idea de paz de los cementerios la que vuelve nuevamente; esa idea que Hegel vio de manera tan clara. Me parece que ahí hay como una redefinición de lo que nos pasa. Los datos empíricos, entramados con esta teoría, son clarísimos. Por eso la lectura de las dos entrevistas al principio.

Gabriel Levy: Hay un tema que puede ser relevante, y es la cuestión de la historia del verdugo. El verdugo medieval, era un ser social, presentado; en la plaza pública se gozaba de las ejecuciones. Quiere decir que fue algo que desapareció.

Ahora el verdugo no es identificable. El capital financiero como verdugo. Que tiene mucho que ver con la cuestión de las pasiones. Una vez que se inventa el yo, porque es un invento, respecto del hecho de que el sujeto sea verdugo y víctima, simultáneamente. Sobre eso se apoya lo social. Es una cosa muy importante.

Otra cosa importante es la relación entre la amenaza y el miedo a la muerte. Es así es en el mundo occidental. No es universal el temor a la muerte.

Adrián Scribano: Pero, fíjense que la decisión de este muchacho que quemaron dentro de la jaula fue tomada a través de Twitter. Se quemó un hombre. Isis quemó al piloto jordano. Ellos pusieron tres alternativas en Twitter: ahorcarlo, cortarle la cabeza o quemarlo. Y ganó quemarlo. Es complicadísimo.

Hablando de los verdugos, este mismo antropólogo, Girard, tiene un libro, “Un día en la vida del verdugo”. Que es el tipo que maneja la guillotina en Francia. Hay como una especie de sanidad y de santidad; de asepsia en el verdugo. Siempre en manos de otro. En manos de Dios, en manos de la ley, en manos de la comunidad.

¿Qué pasa con lo que en Argentina llamamos “linchamientos”? Ahí está claro. Lo que estoy diciendo en la tercera aproximación, es que ni siquiera tiene que ver el sujeto al cual se le pega. Es muy interesante la estructura del linchamiento.

Nosotros hemos analizado los saqueos, tanto a nivel histórico, como los que se dieron en los últimos años. La idea que el propio Freud vio, así como Le Bon o Simmel.

Lo interesante de principios del siglo XX, es que las disciplinas no existían como ahora, en kioscos académicos, sino que los sujetos tenían muchos cruces. No se puede pensar a Le Bon, que es uno de los grandes teóricos de la acción colectiva, si no es pensado como una especie de psicología social. O Simmel, con esto del ciudadano y el extranjero en la ciudad.

Hay muchas cosas para pensar. Yo quería traer hoy aproximaciones para que fuéramos pensando dónde ponemos la lógica de lo que nos amenaza. ¿Un dron amenaza? Pero nosotros estamos pidiendo cada vez más cámaras, más drones. La naturalización de esto ¿qué es? Es que yo tengo que observar al otro, para poder ver qué hace. Como no puedo cruzar el muro, lo tengo que hacer por un aparato. La misma mediación del Twitter. Ahí hay un ajuste en la estructura: ante la incertidumbre, creo una estructura, que se llama “dron de vigilancia”, que me mantiene alerta. Y si hay una cosa que está en relación al otro, es que siempre tengo que estar alerta, porque de lo contrario me puede matar.

Lo que quería traer en este punto es la idea central de la cuestión de clases: de antemano ya tenemos por sabido quién va a ser el culpable. Y como sabemos de antemano quién va a ser el culpable, los procesos son muy sencillos: los tenemos del

otro lado del muro, donde se levantan nuevos bordes, y les damos asistencia o la eliminación. La eliminación corre por distintas formas. De hecho, después tenemos interclase, un montón de mecanismos también.

La primera cuestión que comentaban. Es cierto la envidia siempre va a ser económica, en términos de lo que es la economía en el sentido original. En este sentido, todo lo social es económico. La economía aristotélica, viene antes de “La política”. En este sentido, claro que sí. El pasto siempre se ve más verde del otro lado.

Ahí hay una cosa interesante. ¿Qué significa esta cuestión de la relación entre la envidia y la amenaza? ¿Qué es lo que decimos los argentinos, para legitimar nuestros años de bonanza? “las materias primas están caras y el mundo necesita de nosotros”. Esta figura de objeto del deseo que tenemos respecto del mundo que nos dice ser un país con posibilidades de desarrollo significa, en realidad, que nos van a abrir, nos van a labrar, nos van a succionar. Nos estamos ofreciendo para eso.

Fíjense la relación entre los que eran países desarrollados y los países emergentes. Es la famosa frase cordobesa: “levantás la cabeza y te la van a cortar”. Eso es el país emergente. Me parece que ahí hay ciertos juegos que son muy interesantes.

En la primera parte, en la que hablé de la disponibilidad, tomé como referencia estudios realizados a partir de encuestas en las que los sujetos dicen sentirse de ese modo. Así como decís “el yo es un invento”, la relación que hay –esto es bien sociológico– entre sujeto-actor-individuo, es bien complicada. Uno lo dice como si fueran lo mismo, pero no son lo mismo. Los individuos que responden a estas encuestas dicen experimentar esa sensación si el otro se va. No es una sensación menor, en términos que configura una preocupación.

Gabriel Levy: En cuanto a lo económico, vos decías que lo que se envidia es el cuerpo. Lo que demuestra económicamente porque va a entrar en el orden de los bienes. En el sentido de que si no tiene otros bienes, eso se reduce al cuerpo. El cuerpo se sustituye por los bienes. Aquel que no tiene bienes, queda estrictamente el cuerpo como bien. En ese sentido te lo digo. No está nunca por fuera del orden de los bienes.

Adrián Scribano: Hay más de dos tercios de la población del planeta que lo único que tiene para darnos es su cuerpo. Si no estuvieran esos cuerpos consumiendo, nosotros no tendríamos lo que tenemos.

Miriam Fratini: Me estaba acordando, cuando decías eso del cuero, que hace unos años viajamos a Ushuaia. En uno de los museos mostraban cómo los colonizadores, al procurarles el bien y abrigar a los patagones, en realidad les trajeron las enfermedades. Porque ellos, que estaban acostumbrados a andar en cuero, resistían al frío; y cuando los abrigaron, se empezaron a enfermar. Más allá de eso, es difícil contemporizar los términos. Vos decías vecindad, proximidad, projimidad. Y para nosotros projimidad es más lo que acerca a la amenaza y al odio, que a que el próximo sea el amigo y no el enemigo. A ver si en tus términos te puedo hacer una o dos preguntas.

Hay un texto –que creo que con vos habíamos comentado, seguro con Flabián– que se llama “La política de los seres hablantes”, de Jean Claude Milner. Milner establece algo –que vos hoy decías muy claramente– respecto de que la posibilidad de no matar al otro funda la política. Y él lo llama de una manera particular, no tanto la política, sino “hablar política”. El hablar es lo que se opone a la ejecución del otro. Y bajo esa idea, afirma que la discusión y el hablar política es lo que más está faltando desde el inicio de este siglo.

Pero la pregunta en tus términos: vos dijiste que el otro como amenaza significaba una definición del otro que merece ser castigado por culpable. Aclarabas que el derecho es el que decide quién es el culpable. Respecto de las amenazas para el siglo XXI, los desafíos que se le presentan al derecho, en términos de cómo arbitrar una jurisprudencia sobre la información y las consecuencias del manejo de la información en las redes sociales. Otro desafío para el derecho: cómo arbitrar una jurisprudencia, relativa a la eugenesia, a los manejos o a la manipulación genética, al cambio indiscriminado de sexo. Son problemas para el derecho. Entonces pregunto: las amenazas, si el derecho es quien va a definir quiénes son los culpables, ¿en el siglo XXI no está en torno de estos desafíos?

Adrián Scribano: Estoy dando una serie de charlas abiertas en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Trabajé el año pasado en Curitiba. Nadas más, me centré en los disruptores endócrinos. Voy a poner un ejemplo muy concreto. La mayoría de las personas que están acá, que casualmente son mujeres, están maquilladas. En el auditorio de mujeres siempre me pasa lo mismo. Porque la industria de maquillajes es mucho más astuta, de lo que cree el que estemos pintados.

La industria petroquímica, está asociada a la industria farmacéutica, y ésta a la industria del maquillaje. Hay dos grandes empresas multinacionales que concentran la industria del maquillaje: una es Loreal y la segunda son cinco compañías.

Loreal es socia de Nestlé en una tintura de pelo que alisa, pero que en el sentido sociológico lo que produce es blanqueamiento. Lo que está de moda en el mundo –hay muchas cosas atrás de eso y sería muy largo contestar– es ser blanco, a través de eliminar el rizado.

Nestlé es el socio mayoritario de Loreal. O sea, uno de los que puede decidir la conducta de Loreal. Toda la estructura de la cosmética tiene disruptores endócrinos. Entre las muchas cosas que producen los disruptores endócrinos, está el adelantamiento de la menarca, la reestructuración del cierre del feto en el útero. Tengo material de unas cuatrocientas o quinientas investigaciones médicas. Lo que hacia fines de los '90 era una hipótesis, hoy es algo comprobado. Esto no lo digo yo, lo dicen las Naciones Unidas, la Comunidad Económica Europea, la Agencia que controla en Estados Unidos.

Pregunta: ¿Quién va a legislar sobre lo que está dentro de mi cuerpo, si la acción que construye alisado es una acción a larga distancia, provocada por otros, con la aceptación? Es la misma relación que había –hasta hoy a la mañana en la televisión– entre violación o consentimiento.

Entonces, ¿quién decide sobre eso, si usted está permanentemente intervenido por el afuera? No solamente eso. Sí hay una consecuencia. Los disruptores endócrinos tienen varias cualidades, pero una es que se parecen a las hormonas: se travisten en hormonas y le hacen creer al cuerpo que son hormonas. El cuerpo reacciona como si las hormonas estuvieran.

Además, está la escala nano. Acabo de terminar un par de trabajos sobre eso. Ayer en la mañana, salió una nota en un diario. Es altamente improbable que usted haya comido algo que no esté intervenido genética o nanotecnológicamente en los últimos años.

Me parece que también hay otra cuestión, que tampoco pudimos profundizar. Yo dije que el derecho ficcionaliza objetos porque sus objetos son muy complicados porque tienen que ver con los tiempos.

El siglo XXI tiene una noción de presente distinta. Vengo diciendo una frase muy polémica: “el siglo XXI no tiene presente. La noción de presente es del siglo XX”. Todos los autores con que nosotros trabajamos, trabajan con la noción de pasado: Marx,

Freud. El XX es el siglo del presente. El XXI, no tiene presente, es aquí y ahora; no el de Levinas, del existencialismo francés, en cualquiera de sus formas, el personalismo, cristianismo, de Sartre. Es un siglo que no tiene anclaje material de la acción. Un siglo que pasa, que todo pasa, pasa, pasa. En eso las materialidades se transforman, porque las nociones de superficie se transforman con las nociones de presente.

No elegí hablar de esto, pero es amenazante que uno no sepa decir en qué tiempo-espacio va a vivir, y que no pueda decir claramente, que el otro, ese, está ahí en eso. Es por esto que sería interesante señalar la cuestión de prójimo y habría que discutir qué significa lo ajeno, lo próximo, el otro.

En el siglo XXI va a coincidir algo llamado exterioridad con esta noción de lo que está más cercano. Si bien siempre estamos con esta tensión, y aunque el adentro y el afuera no existen como tal, en este siglo cobra cada vez más importancia el planeta interno. Nos pasamos los últimos seis siglos conquistando la tierra, la luna; ahora, vamos por lo interno.

Cuando Zapatero, el ex primer ministro del Partido Socialista español, inaugura la planta de nanotecnología que España tiene con Portugal –y es una de las más importantes del mundo, dirigida por un británico, que es un capo– este hecho es tan importante como cuando se mandaron las carabelas a América.

La nanotecnología es la nueva forma de mirar el mundo. Nosotros – los sociólogos, los psicólogos– nos vamos a quedar sin pacientes, sin gente. Es muy interesante. ¿Qué hicieron los conquistadores? Tiraron frazadas con sarampión. Mi pregunta es ¿qué sarampión están tirando por dentro? Complicado.

NOTA: *Ciclo de Invitaciones "Otras Voces"*.

Dirección: Miriam Fratini, Gabriel Levy y María del Rosario Ramírez.

Desgrabación, corrección y revisión: Raquel De Maestri y Silvia Fratini

Establecimiento del texto final: Adrián Scribano

Cuidado de la presente edición: Raquel De Maestri

Asesoramiento: Miriam Fratini y María del Rosario Ramírez.

Coordinación general: Miriam Fratini.